

Ernest Mandel

El debate económico en Cuba durante el periodo 1963-1964

[Originalmente publicado en *Partisans*, París, No. 37, 1967 (en francés).
Traducción castellana en *El gran debate sobre la economía en Cuba, 1963-1964 / Ernesto Che Guevara [et al.]* – 2. ed. – La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, 2004]

El debate económico desarrollado en Cuba en 1963-1964 engloba una veintena de artículos, de los que una media docena fueron escritos por Guevara. Charles Bettelheim y nosotros hemos aportado nuestra contribución, a pedido de los camaradas cubanos. Sería útil, sin duda, reunir un día el conjunto de esos artículos y hacer un balance, a la luz de la teoría marxista y de la práctica económica cubana. Entre tanto, es preciso reconocer que este debate, todavía mal conocido en Occidente, ocupa un lugar particular en la historia del pensamiento marxista, sobre todo en función de las contribuciones del camarada Guevara. La originalidad práctica de la Revolución cubana precedió ampliamente su aporte original a la teoría marxista contemporánea. Pero Che Guevara ha expresado su aporte original no solo en lo que respecta a la guerra de guerrillas, sino también en el campo de la teoría económica.

Cuatro cuestiones cruciales

El debate económico de 1963-1964 en Cuba estuvo referido a cuatro cuestiones principales, además de algunas cuestiones subsidiarias. Dos cuestiones son de orden práctico; versan sobre problemas de política económica del gobierno revolucionario: la organización de las empresas industriales; la importancia relativa de los estímulos materiales en la construcción del socialismo. Las otras dos cuestiones son de orden teórico: el papel exacto de la ley del valor en la época de transición del capitalismo al socialismo; la naturaleza estricta de los medios de producción estatizados en esa época (¿son o no mercancías?). ¿Representan una propiedad social, o son solo en parte socializados, permaneciendo parcialmente como propiedad de las empresas?, etcétera.

Las relaciones entre las cuestiones prácticas y las cuestiones teóricas saltan a la vista. La unidad dialéctica entre la teoría y la práctica, que debe caracterizar toda actividad auténtica socialista, revolucionaria, se realiza en un nivel superior en la época de transición del capitalismo al socialismo, o época de construcción del socialismo. Solo la teoría marxista considerada como un todo puede guiar a la práctica en un terreno todavía virgen, que ninguna acción humana anterior ha desbrozado; pero únicamente la experiencia práctica permite escoger, en definitiva, entre diversas hipótesis teóricas que no pueden, por sí mismas e independientemente de la prueba de la práctica, pretender expresar un conocimiento adquirido.

La unidad de la teoría y de la práctica revolucionarias se encuentra, por tanto, constantemente amenazada por los riesgos paralelos del pragmatismo, por una parte, y del dogmatismo, por la otra. Será imprescindible una larga serie de experiencias socialista efectivas – desde el punto de vista de la práctica –, antes que la teoría pueda codificar de manera definitiva las "leyes económicas" de la construcción del socialismo, que nosotros no podemos descubrir, en la etapa actual de la experiencia, sino a través de múltiples tanteos y de múltiples errores, según el método de la aproximación sucesiva. En consecuencia, la unidad entre la teoría y la práctica en la época de transición debe, necesariamente, incluir un grado determinado de autonomía de la teoría, sin el cual la práctica misma corre el riesgo de ser mal aclarada y mal guiada, y de

ver multiplicarse los riesgos de desviación y de error. Uno de los defectos del estalinismo – y no el menor – es precisamente haber abolido esta autonomía relativa, bajo el pretexto de la "eficacia" haber degradado la teoría al nivel de un pragmatismo vulgar y apologético, lo que se tradujo, en definitiva, en una enorme pérdida de eficacia práctica.

Los participantes en el debate económico de 1963-1964 no fueron todos conscientes de esas relaciones dialécticas recíprocas entre la teoría y la práctica revolucionaria. Pero puede afirmarse sin vacilaciones que buscaron instintivamente conciliar el imperativo de la autonomía relativa de la teoría y de la eficacia práctica inmediata. Es esto lo que da al debate un tono de sinceridad y de seriedad digno de elogio, aunque en ciertas contribuciones se reconozca los balbuceos de un pensamiento que se busca, más que la expresión madura de un pensamiento que ya ha adquirido plena conciencia de la realidad social de la que ha surgido.

Debate económico en Cuba y en todo el "campo socialista"

El debate económico de 1963-1964 en Cuba se inserta, por otra parte, en un debate mucho más amplio, que se desarrolla hoy en el conjunto del movimiento obrero internacional y, más especialmente, en los países que han destruido el capitalismo. Este debate concierne al "modelo económico" más apropiado que se ha de aplicar en la construcción del socialismo. Además, estamos al frente de dos imperativos paralelos, pero que no se superponen siempre. La voluntad de superar el marasmo en el que se había atascado la "teoría económica del socialismo" en la época estalinista; la necesidad de superar las formas de gestión de la economía y de los métodos de planificación, que se habían convertido en freno para el crecimiento de las fuerzas productivas.*

Por muchos aspectos, el debate económico en Cuba surgió espontáneamente de la realidad cubana; por otros, parece haber sido, en parte, "importado". En este último caso, refleja menos el resultado de un análisis minucioso de la realidad económica cubana y de las tareas del gobierno revolucionario, que el deseo de tener en cuenta los resultados del debate internacional y trasponer – algunas veces mecánicamente – sobre el suelo cubano lo que había sido proclamado como adquisiciones por los dirigentes de la URSS o de ciertos países de Europa oriental. Esto se aplica en particular al problema de los "estímulos materiales".

El mérito de la contribución de Che Guevara reside en haber expresado claramente la particularidad de la Revolución cubana, sin haber caído nunca en un pragmatismo vulgar. La Revolución cubana se distingue por el hecho de que ha logrado conquistar y mantener el apoyo de la gran mayoría de las masas populares para la obra revolucionaria. Sus dirigentes han elegido el objetivo primordial de conservar, en toda ocasión, este apoyo activo. La línea de la movilización de las masas para resolver una serie de tareas – recordemos simplemente las de la alfabetización – la línea de hacer elegir los cuadros y hasta los miembros del Partido por las mismas masas, la línea de la información constante a las masas de los problemas con los que se enfrenta la revolución; la enorme sensibilidad de Fidel Castro y de su equipo por todo lo que preocupa a las masas:

Ningún hombre puede considerarse como un cuadro político si no posee una sensibilidad que le permita comprender profundamente al pueblo y a sus problemas. Cualquier defecto es perdonable, salvo la falta de sensibilidad.†

He aquí lo que constituye, sin duda, la particularidad principal de esta revolución, después de la destrucción de antiguo régimen.

* Véase al respecto el artículo: "La réforme de la planification soviétique et ses implications", *Les Temps Modernes*, junio 1965.

† (Fidel Castro: "Un solo remedio contra los abusos de poder: la línea de masas"). Discurso pronunciado el 29 de agosto de 1966, en la clausura del XII Congreso de la Central de Trabajadores Cubanos.

No es muy difícil comprender que esta particularidad resulta de las condiciones históricas específicas en las que ha triunfado la revolución, de su contexto geográfico excepcional y de sus raíces socioeconómicas propias. No es este el momento de profundizar estos aspectos del problema. Es suficiente retener el hecho y subrayar que los dirigentes son particularmente conscientes de él.

Hay, no obstante, una contradicción entre esta "línea de masas" y la práctica política cotidiana del gobierno revolucionario cubano. El campo de la gestión de la economía – y más claramente, el de la gestión de la industria –, estuvo sólidamente inmunizado contra toda intervención directa de las masas. No es por azar que el debate económico de 1963-1964 surgiera por completo alrededor de esta gestión, y que distintos camaradas, interviniendo en el debate, hayan planteado indirectamente el problema de las relaciones entre las empresas y el comportamiento de las masas. El problema de los estímulos materiales y morales está directamente vinculado.

Autonomía financiera de las empresas y el problema de los incentivos materiales

La industria nacionalizada en Cuba estaba, en gran parte, organizada según el sistema de los *trusts* (empresas consolidadas) por ramas de industria, muy comparable al que sirvió de modelo a la organización de la industria soviética durante todo un periodo. El financiamiento de estos trusts se hacía por presupuestos; el control financiero se efectuaba a nivel de los ministerios (el de Industrias y el de Finanzas). La banca no cumplía sino un papel intermediario de importancia secundaria.

Uno de los objetivos prácticos de la discusión económica de 1963-1964 estaba, por tanto, sea en la defensa de este sistema de organización – fue el caso del camarada Guevara y de los que han apoyado, en general, su tesis –, sea en la postulación de su reemplazo por un Sistema de Autonomía Financiera de las empresas (que desemboca en el principio de la rentabilidad individual de las mismas), tesis defendida por Carlos Rafael Rodríguez y muchos otros participantes del debate.

La posición de Che Guevara pareció bastante pragmática en este caso. Él no afirmaba que la gestión centralizada fuera un ideal en sí, un modelo que se debe aplicar por todos lados y siempre. Defendió, simplemente, la idea de que la industria cubana del presente podía ser dirigida por esta vía del modelo más eficaz. Los argumentos ofrecidos fueron, esencialmente, los siguientes: número reducido de empresas (¡menos que la propia ciudad de Moscú, en la URSS!); número más reducido de cuadros industriales y financieros capacitados; medios de telecomunicación bastante desarrollados, muy superiores a los de otros países, que alcanzaron un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas comparable al de Cuba; necesidad de una economía más estricta de los recursos y del control sobre ellos, etcétera.

La mayoría de los argumentos de orden general que le fueron opuestos, no se relacionaba con el estado de los hechos así descritos. Desde el momento que la descentralización financiera implica el incremento de poder de burócratas mediocres, vacilantes, incapaces e ineficaces, la tendencia a la burocratización aumenta y la eficacia económica disminuye con la autonomía financiera de las empresas. Del hecho de que ciertos argumentos a favor de la "autonomía financiera" de las empresas estuvieran fundados, se podía, cuanto más, deducir la necesidad de una cierta descentralización de la gestión, cuando la industria cubana alcanzara un número y una complejidad de empresas mucho más grandes. Pero, no se podía deducir la necesidad de esta descentralización *hic et nunc*.

Pero ciertos adversarios de las tesis de Che Guevara vincularon la cuestión de la mayor eficacia de la gestión descentralizada (y de la autonomía financiera que de ella se deriva), a la de los estímulos materiales. Empresas obligadas a ser rentables, son empresas que deben someter todas sus operaciones a un cálculo económico muy estricto, y que pueden, por ello, utilizar los estímulos materiales de manera mucho más amplia, interesando directamente a los trabajadores en el incremento de la productividad del trabajo, en el mejoramiento de la rentabilidad de las empresas (por ejemplo, mediante la economía en las materias primas) y en la superación de los objetivos del plan.

Al respecto, la respuesta del Che Guevara es esencialmente práctica. Él no rechaza la necesidad de un cálculo económico estricto en el cuadro del plan, ni rechaza tampoco el empleo de estímulos materiales. Pero subordina dicho empleo a dos condiciones. En primer término, es preciso elegir aquellas formas de estímulos materiales que no reduzcan la cohesión interna de la clase obrera, que no enfrenten a los trabajadores entre sí; por ello, preconiza un sistema de primas colectivas (de equipos o de empresas, más que un sistema de primas individuales). Luego, se opone a toda generalización abusiva de los materiales, porque crean efectos disgregadores sobre la conciencia de las masas.

Guevara desea evitar que toda la sociedad sea saturada por un clima de egoísmo y obsesión por el enriquecimiento individual. Esta preocupación se inscribe en la tradición de Marx y sobre todo en la de Lenin, quien, no obstante comprender que el empleo de estímulos materiales es inevitable en la época de transición del capitalismo al socialismo, subrayaba, al mismo tiempo, los riesgos de corrupción y desmoralización que resultan fatalmente del empleo de esos estímulos, y llamaban al Partido y a las masas a combatir vigorosamente ese peligro.

Ignoramos qué solución se ha dado en Cuba al problema de la organización de la gestión de las empresas, y nos parece que de cualquier manera se está muy lejos de un "modelo económico" definitivo en ese país. Seguimos siendo partidarios de un sistema de autogestión democráticamente centralizado, donde el doble peligro de burocratización, emana de una centralización excesiva, a la vez que de la utilización excesiva de los mecanismos de mercado y puede ser ampliamente neutralizado por el traspaso de la gestión a manos de los trabajadores, en los lugares de trabajo, sometidos a una disciplina estricta impuesta por una autoridad central surgida directamente de los consejos obreros.

Pero, si Fidel Castro no parece aún haber zanjado el problema de la gestión de las empresas,^{*} se ha pronunciado de manera bastante clara en lo que concierne al problema de las relaciones entre estímulos materiales y estímulos morales, inclinándose a favor de las tesis del Che. En el discurso que pronunció el 28 de septiembre de 1966, en ocasión del VI aniversario de la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución, y en el que anunció que a partir de 1970 la mayoría del pueblo cubano no pagará más alquiler, lanzó sus puyas contra aquellos que solo tienen pesos en la cabeza, que no comprenden la necesidad de mantener a las masas soldadas a la Revolución – objetivo que debe tener prioridad sobre cualquier consideración de "cálculo económico" –, que no comprenden la necesidad de satisfacer primordialmente ciertas necesidades fundamentales de las masas, y que subestiman el valor de los estímulos morales, de las conquistas morales de la Revolución cubana.

Esas cosas que hace revolución, esas ideas en relación con el alquiler, los servicios médicos, la educación, en relación con todo lo que desea el pueblo – sin tener necesidad de pesos, sin tener necesidad de esos signos en la cabeza y de esos papeles en la billetera – tienden a crear progresivamente en el pueblo una conciencia social más avanzada, tienden a crear en el pueblo un

* Es preciso señalar, sin embargo, que el Ministerio de Finanzas ha sido disuelto y el Sistema Presupuestario de Financiamiento de las empresas industriales parece haber sido desmantelado. Nos faltan datos al respecto.

sentimiento diferente que el de la propiedad, una actitud diferente ante los bienes materiales, una actitud diferente respecto del trabajo humano.

Nosotros no somos utopistas. No creemos que sea posible realizar esto de hoy para mañana. No creemos que esta conciencia se cree en el espacio de algunos años. Pero nosotros creemos que esta conciencia no se creará jamás, si nosotros no llevamos una lucha incesante en este sentido, sino se progresa constantemente en este sentido.

A nuestro entender, esta posición de Che Guevara y de Fidel Castro está de acuerdo con la tradición y las teorías marxistas. Los que plantean el postulado absoluto del desarrollo previo de las fuerzas productivas, antes que pueda expandirse la conciencia socialista, pecan todos de un pensamiento mecanicista, al igual que aquellos que creen por suscitar, por medio puramente subjetivos (la educación, la propaganda, la agitación, etcétera), idéntica conciencia de manera inmediata. Hay una interacción constante entre la creación de una infraestructura material necesaria para la expansión de la conciencia socialista, y el desarrollo de esta misma conciencia. Es, en efecto, una utopía creer que ella podría surgir ya lista, mediante un esfuerzo de pura voluntad subjetiva, de una situación material inadecuada. Pero, es también utópico creer que esta conciencia socialista pueda nacer bruscamente, como por encanto, del solo hecho de que su infraestructura material haya nacido, si al mismo tiempo el clima social permanece dominado por los "estímulos materiales" (el deseo de cada individuo de mejorar su suerte individual).

Naturaleza de los medios de producción y ley del valor en la sociedad de transición del capitalismo al socialismo

Ahora se puede comprender mejor las relaciones entre esos problemas prácticos y las cuestiones teóricas planteadas por el debate de 1963-1964. A nuestro entender, es claro que los medios de producción en el sector estatal no son mercancías, pues la noción de mercancías implica la de cambios, es decir, la de cambio de propietario. Una empresa del Estado no "vende" una máquina a otra empresa del Estado, así como un departamento del trust Ford no "vende" la carrocería al departamento de montaje. La necesidad de una estricta contabilidad de los gastos, aun bajo su forma monetaria, no tiene nada que ver con esta cuestión. Aquí se toca un aspecto fundamental de la teoría marxista: para Marx, la naturaleza mercantil de los productos del trabajo y la forma de valor de cambio que adquiere la lógica de su circulación, no son sino formas históricas pasajeras, propias de una economía basada en productores individuales, separados unos de otros, de la contabilidad económica fundada sobre el trabajo que es universal para toda sociedad humana.*

Pero, la presión a favor de una autonomía mayor de las empresas puede, evidentemente, encontrar su expresión ideológica en la tesis según la cual, en la época de transición del capitalismo al socialismo, los medios de producción siguen siendo mercancías. Del mismo modo, la lucha por la autonomía financiera de las empresas, se puede expresar ideológicamente por la tesis según la cual la circulación de los medios de producción en el interior del sector del Estado constituye una serie de operaciones de cambios en el sentido real del término. En ambos casos, la voluntad de los directores de empresas de disponer libremente de esos medios de producción, del poder de vender o de comprar libremente una parte en el mercado, no es extraño a estas querellas teóricas, en apariencia bizantinas.

En cuanto al papel de la ley del valor en el periodo de transición del capitalismo al socialismo, el comandante Mora ha defendido la idea según la cual, en esta fase de desarrollo histórico, la ley del valor continúa reglando la producción, aunque no sea la única en hacerlo. Su acción

* CF. *Das Capital*, I, pp. 39-40, en la edición de Engels (Meisner, Hamburg, 1890.)

reguladora operaría junto con la del plan y mediante su intermedio. Además, ha deducido de esa tesis que la ley del valor "opera" en las relaciones entre empresas estatales.

Ernesto Che Guevara ha respondido que en la época de transición del capitalismo al socialismo, las categorías mercantiles superviven en la medida en que el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas no permite aún satisfacer todas las necesidades fundamentales de los productores, pero que esta supervivencia no implica que sea la ley del valor quien regle la producción. Ella está reglada por el plan, que puede y debe utilizar el cálculo en valor, pero cuya lógica está funcionalmente en contradicción con la ley del valor. Nosotros creemos que esta visión está de acuerdo con la teoría marxista, y hemos expresado un punto de vista análogo en nuestra contribución al debate económico de 1963-1964 en Cuba.

Aquí también existe una relación evidente entre el debate teórico y las divergencias respecto de la planificación económica en Cuba. Quienes confunden la supervivencia de las categorías mercantiles con el papel regulador de la ley del valor, deben necesariamente atribuir un papel mayor a los mecanismos de mercado en el cuadro de la economía planificada, no solamente en lo que concierne a los medios de consumo – y esto se justifica ampliamente a nuestros ojos –, sino también, y sobre todo en lo que respecta a los medios de producción industrial. De allí, por otra parte, la insistencia con la que tratan de introducir el juego de la ley del valor en las relaciones entre las empresas estatales (donde los "cambios" se relacionan, en gran parte, con los medios de producción). Y este "juego" entraña evidentemente, la necesidad de la autonomía en materia de inversiones, confirmado así, a su manera, que existe un antagonismo histórico entre los imperativos de una planificación real y los imperativos de una economía de mercado (aunque ella sea designada como socialista).

Los que rechazan que la ley del valor continúa reglando la producción, directa o indirectamente, en la época de transición del capitalismo al socialismo, no niegan en modo alguno que las categorías mercantiles sobrevivan inevitablemente a esta época. No niegan tampoco que, en muchos campos, los planificadores puedan abandonar tranquilamente a los mecanismos de mercado, ciertos ajustes entre la oferta y la demanda. Pero ellos comprenden el carácter fundamentalmente contradictorio entre el mercado y el plan, y acuerdan así un amplio espacio al establecimiento de precios administrados en numerosos campos, ya sea para asegurar como prioridad el desarrollo de ciertos servicios sociales, ya sea para asegurar ciertos imperativos del desarrollo económico nacional. Es por ello que recalcan que la influencia de la ley del valor es más limitada que en el modo de producción capitalista, y que ciertos sectores – en especial, la circulación de los medios de producción en el seno del sector estatal – pueden escapárseles.

Son evidentes los móviles políticos que han inspirado de manera particular las opciones de Guevara y de Fidel Castro en este terreno: ante todo, el deseo de evitar una desmoralización de las masas populares cubanas, una decepción con relación a la obra de revalorización moral que la revolución ha representado a sus ojos. Pero cualesquiera que sean esos móviles, la discusión económica de 1963-1964 en Cuba y sus prolongaciones actuales, se inscriben válidamente en el largo proceso en el curso del cual la humanidad, gracias a la construcción del socialismo a escala internacional, cada vez más amplia, concluye por descubrir las leyes económicas que presiden la expansión de la sociedad sin clases.